

Tanteos en la oscuridad

Sobre cómo construimos nuestra visión del mundo

DARÍO MAURIZIO MARYN

Este ensayo breve encuentra origen en la propuesta académica que vertebra las IX Jornadas de Filosofía de UCES. Como todo producto filosófico humano, lo aquí vertido podrá apenas trazar algunas líneas trémulas del retrato que pretendo dibujar del inasible rostro de la Realidad.

Reconocida y confesada la falencia, me será un poco menos ardua la tarea de encender un fósforo en esa oscura caverna que es el mundo y podré, sirviéndome de tanteos desesperados en la oscuridad, abordar el problema de la experiencia y el método.

Veamos si todos juntos podemos sumar luces e iluminar el camino con mayor potencia.

El fin último

Nuestro ego es inmenso. Cualquiera que pretenda pasar por humilde sabe que incluso eso es un acto de egocentrismo (pretender ser poseedor de lo que por pura convención se considera una virtud es, sin dudas, una contradicción del mandato mismo de dicha convención). Quizá sea esta cualidad inherente a la especie lo que nos haga suponernos capaces de comprender la *realidad* en todas sus facetas. Como escribió alguna vez Nietzsche, “el filósofo es el más soberbio de los hombres”. Y yo escribiré aquí que dicha soberbia es, tal vez, uno de los propulsores más poderosos con los que cuenta la especie humana para avanzar en el mundo. Nos han enseñado de niños que la soberbia es perniciosa, lo sé, pero hace tiempo que he dejado de ser un niño y es por eso que comprendo que algunas «enseñanzas» —o acaso la mayoría—, no tienen una consistencia sólida si se las analiza con el debido rigor. Así como es posible domar el miedo para convertirlo en un aliado, es también

posible controlar la soberbia para tenerla como instrumento (pretender eliminarla es como suponernos capaces de desconectar un brazo, una pierna o un ojo; intento que resulta absurdo si el objeto es parte de nosotros).

Lo cierto es que nos suponemos capaces de profundos conocimientos y eso, a estas alturas de nuestra Historia, no puede ponerse en tela de juicio. Sin embargo, a medida que se acumulan los conocimientos en las bibliotecas, nos hallamos en permanentes aprietos intelectuales. El hallazgo de nuevos problemas, la construcción de nuevas teorías, el diseño de novedosos experimentos, y el cambio natural que sufren nuestras sociedades humanas, someten a nuestros paradigmas cognitivos a un constante tambaleo.

La masa de conocimientos obtenidos y copiados por las ciencias es tan inmensa que no resulta imposible que terminemos navegando a la deriva filosófica de semejante abundancia. Por ello resulta crucial para el científico —y también para el filósofo—, entregarse a una incansable reflexión acerca de la naturaleza misma de la experiencia y el método. Después de todo, el fin último de la filosofía (cualquiera sea su resultado final) y también el de la ciencia, es conocer el mundo.

Ya sea que el pensar filosófico nos lleve a las inhóspitas cárceles del solipsismo, a los infértiles campos del subjetivismo, o a los desafiantes laberintos del realismo, en todos los casos deberemos dar alguna clase de explicación. Tanto el solipsista como el subjetivista deberán, si desean ser tomados en serio, no solamente fundamentar con una lógica trémula sus posturas, sino también explicar la mecánica de esa subjetividad (después de todo hay, según ellos, solo un mundo mental/espiritual, y ese mundo debe ser estudiado). La gesta del realista no es menor: debe entregarse a la penosa tarea de describir no solo sus esquemas de percepción, sino también el andamiaje de ese mundo del que forma parte y que es distinto de él. De modo que, sin importar el sistema al que se adhiera, el trabajo intelectual de fundamentar y luego explicar, describir (y, según el caso, incluso predecir) sigue siendo un imperativo.

El fin último de la filosofía es comprender. Y comprender es abarcar, y abarcar es albergar, y albergar es contener, y contener es subsumir, y subsumir implica considerar al elemento comprendido,

abarcado, albergado, contenido, como parte de un conjunto mayor. Semejante operación implica un salto desde la insignificancia de la ignorancia a la grandeza del saber (puesto que para saber es preciso haber agrandado de antemano el continente de lo comprendido; o sea, la mente).

La experiencia

No discutiré aquí el problema de la realidad, pero sí me explicaré acerca de un tema crucial: la conexión entre la experiencia y el método.

La experiencia es relativamente fácil de describir a los fines de este texto, pero el método comporta una trama notablemente más desafiante. Teniendo en cuenta que experiencia no es sinónimo de experimento, podemos definirla rudamente como sigue: “conjunto de todos los datos provenientes del mundo exterior”. Pero esta definición, un poco primitiva, supone que una máquina con sensores es capaz de tener una experiencia (no es razonable asignarle una experiencia a las máquinas; a lo sumo, podemos hablar de interacciones más o menos sofisticadas con el entorno, pero nunca de experiencia). Para evitar este inconveniente debemos preguntarnos: ¿Qué es la experiencia? ¿Por qué es posible atribuírsela solo a una entidad inteligente? Esta segunda pregunta nos da una respuesta parcial. Para que se dé una experiencia debe haber en el sujeto una capacidad de apercepción —*en sentido kantiano*—; esto es, una capacidad de autopercepción, una consciencia.

La experiencia entendida como un torrente de datos que advienen del mundo externo mediante los sentidos debe, para ser tal, modificar de algún modo el aparato cognitivo del sujeto. Pero esto podría ocurrirle a una máquina sin consciencia: los datos provenientes del mundo exterior se almacenan (de ser necesario), en alguna clase de soporte. Dicho proceso requiere de un sistema sensorial, y culmina en la modificación física del mencionado soporte (por ejemplo, un disco rígido). Sin embargo, como ya he dicho, para que exista una experiencia resulta necesaria una consciencia. En efecto, en la medida en que el sistema cognitivo (natural o artificial) del sujeto en cuestión tiene la capacidad de ser consciente de la recepción de los datos y del efecto que dichos datos operan en su

estructura cognitiva, podrá llamarse a eso experiencia.

La experiencia, como yo la entiendo, es sistémica: es el sistema conformado por los datos captados por el repertorio sensorial del sujeto más su procesamiento consciente (me abstendré de decir algo acerca del enigmático inconsciente). El dato, el canal sensorial y en almacenamiento de la información que contiene, o incluso la reacción que pueda provocar en un ente, no es suficiente para crear la experiencia. A todo eso debe agregársele la propiedad mental del sujeto que le permite saber que está absorbiendo dicho dato, y reflexionar tanto acerca de su significado, de su sentido, de su referencia, como de su importancia contextual.

Bocetada ya la definición (parcial y provisoria) de la experiencia, podemos pasar a considerar el problema del método. Pero... un método para qué. Bien, obviamente hago referencia a un método diseñado para conocer. Pero... conocer qué. La respuesta es simple: conocer la realidad en todos los niveles de los cuales lleguemos a ser conscientes.

La experiencia es natural, en tanto es una propiedad inherente al sujeto inteligente. Los datos pululan por el mundo en forma de señales físicas de alguna clase, y la consciencia es una propiedad emergente del cerebro material del sujeto. Ni los datos ni esta prodigiosa capacidad reflexiva del sujeto son una creación de él. No tiene mérito alguno por ser capaz de sumergirse en la experiencia, puesto que, como dije, tanto los datos como su propia capacidad son naturales. El método, en cambio, es puramente artificial. Tiene su origen en elementos naturales (los datos externos, los sentidos y el cerebro), pero su diseño es siempre creado por la inteligencia de la criatura que lo implementa.

El método

El método es el conjunto de protocolos creados al fin de guiar el estudio del mundo (o incluso ciertos sistemas de ideas, como sugirió Descartes). El método encauza no solo en el trabajo de minería que debe realizar el sujeto para obtener información, sino también el modo de interpretar dicha información.

La metodología aplicada a un objeto de estudio está íntimamente ligada a los paradigmas de la época en que acontece. Aquí

tomaré la acepción de paradigma que ha ofrecido Thomas Kuhn. A este respecto, Kuhn ha afirmado en su obra “La estructura de las revoluciones científicas”, que un paradigma es un conjunto de creencias fijadas consensualmente por la comunidad científica. El paradigma, como gran marco de referencia intelectual, permite decidir:

1. Lo que debe observarse.
2. La clase de preguntas que deben formularse para guiar la investigación.
3. Cómo deben sistematizarse esos interrogantes.
4. El modo de interpretar los resultados de la investigación científica.

Debo aclarar que, aún en desacuerdo con la propuesta de Kuhn sobre las «revoluciones» en la ciencia (coincido un poco más con Lakatos), considero interesante, a nuestros fines, su definición de paradigma.

Los cuatro puntos anteriores no hablan de un método, sino de una suerte de guía general a la luz de la cual, mediante un método determinado, debe conducirse la investigación. El método no necesariamente se subsume al paradigma, pero está claramente influenciado por él. No es lo mismo que un científico adopte el falsacionismo de Popper (que pese a los ajustes que sugirió con posterioridad, siguió siendo absolutista), que el enfoque de Chalmers (si es un estudioso de la mente), o el de Kuhn. Popper afirmaba que una hipótesis era susceptible de ser derribada de un plumazo si el más mínimo experimento u observación natural la contradecía. Ignoró el sistema de hipótesis auxiliares del que se sirven los científicos para contrastar las hipótesis principales con los hechos. Un hombre de ciencia que adopte el falsacionismo popperiano correrá el riesgo de eliminar teorías eficaces sin necesidad. Como parte del método, como criterio de validez, el falsacionismo —tanto el ingenuo como el sofisticado— es muy útil, en tanto no se adopte a rajatabla; esto es, como criterio universal e inamovible. Ni las hipótesis ni las teorías más complejas se descartan tan solo por obra y gracia de una observación que los contradiga. A lo sumo, se someten a revisión.

Como vemos, el método es algo muy frágil. Con esto quiero decir que, al estar relacionado con los paradigmas de una época, su eficacia depende, en parte, de la fortaleza de las creencias imperantes. Pero no confundamos método con teoría. El método es el protocolo o la serie de protocolos que forjan tanto la construcción de teorías como la búsqueda de datos concretos en el mundo. El método es algo así como el plan maestro de construcción y de búsqueda del saber.

Resulta difícil comparar métodos de manera histórica. No estoy seguro de poder afirmar que en la Edad Media se utilizara X método mientras que ahora se usa el método Y (*de hecho, la ciencia medieval era prácticamente inexistente* debido a la triste e improductiva influencia de la Iglesia Católica). Pero quizá sea más instructivo comparar el modo en que un hombre que hoy nos resulta tan lejano en el tiempo, como puede ser Aristóteles, utilizó para concretar sus investigaciones científicas. La enorme cantidad de tiempo que nos separa de él hace que las diferencias metodológicas sean más notables. Es probable que nuestros elaborados métodos difieran grandemente de los utilizados por los antiguos, pero ciertamente no están tan lejos de los que utilizara Galileo hace casi tres siglos.

Ha existido, y existe aún hoy, una gran cantidad de métodos de los que podemos servirnos para conocer el mundo. Y dejo en claro que no haré distinción entre los diversos métodos filosóficos y los métodos científicos. La razón que me lleva a colocar a todos los métodos en el mismo conjunto puede parecer un poco extravagante si la presento sin la debida fundamentación, pero sabrá el lector disculpar esta escasez de información; la extensión del trabajo me limita en grado sumo. Solo diré que agrupo a los diversos métodos en un solo cuerpo conceptual porque parto de la hipótesis que he llamado "*Hipótesis de la realidad unitaria*". Esta hipótesis postula que la realidad es una sola, sin importar cuán compleja sea. Dado que si existiese un universo "paralelo" también tendría propiedades inherentes (por muy descabelladas que pudieran resultarnos), dicho universo y el nuestro cumplen con los requisitos de la existencia. Si pudiesen ser detectados innumerables mundos con evoluciones distintas del nuestro, aún así formarían parte de la Realidad. En este caso, se trataría de una realidad más diversa y compleja

comparada con la que concebimos actualmente, pero sería única al fin. Una de las razones que me inducen a colocar a todos los métodos en la misma bolsa es que, más allá de sus grados de eficacia general (*solos o combinados con otros*), todos tienen la misma finalidad (conocer el mundo o algún aspecto de él), y las mismas características generales: todos son productos de la razón, se basan en alguna lógica susceptible de ser formalizada, y han salido de cerebros pertenecientes a la misma especie (todos los hombres, mejor o peor, pensamos prácticamente de la misma manera). Los contraargumentos no podrán ser abordados aquí, pero sí pueden debatirse oralmente durante el curso de las Jornadas de Filosofía.

Veamos los diversos métodos con que contamos a la fecha para conocer el mundo en sus diversas facetas:

1. Analogía
2. Extrapolación
3. Lógico inductivo
4. Lógico deductivo
5. Sistémico
6. Lógico
7. Histórico
8. Sintético
9. Experimental
10. Observación científica
11. Hermenéutico
12. Fenomenológico
13. Dialéctico
14. Hipotético deductivo
15. Empírico-Analítico
16. Sintético

Si me he perdido alguno, en este caso no tiene importancia. Lo que sí importa es que todos ellos han sido producidos por humanos que caminan por la Tierra, que han absorbido datos provenientes de su entorno y que los han interpretado según algunos esquemas propios del cerebro humano, al tiempo que los han acopiado en las neuronas y se han dejado influenciar por ellos.

Y ya, a estas alturas, es la hora de jugar. Olvídense de los procedimientos rígidos y serios, de la terminología filosófica que aprendieron del diccionario de Ferrater Mora, y de los disfraces que suelen utilizar los filósofos “serios”. Pregúntense: ¿Qué otros métodos habría si la inteligencia del hombre hubiera sido forjada en el mundo de la hormiga, de la abeja, del ratón, del pez o del ácaro? ¿Cómo sería nuestra física si nos hubiésemos desarrollado en el mundillo de una bacteria? ¿De qué extraño modo concebiríamos las diversas escalas?

¿Y si hubiésemos nacido en el mundo cuántico? ¿Y si nos hubiera tocado desarrollar nuestras mentes en el mundo de las altas velocidades que describe la teoría de la relatividad especial? No resulta imposible afirmar que nuestros métodos podrían ser similares, pero ¿qué hay de aquellos que difiriesen radicalmente? Son esos lo que me interesan ahora.

Si se analiza en profundidad, mi hipótesis de la realidad unitaria lleva a suponer que los métodos pueden diferir, pero que las concepciones básicas de la realidad deben ser las mismas para cualquier ente inteligente. Es válido conjeturar que, antes de ser un pensador se es apenas un transeúnte del mundo, y que mientras se tiene ese humilde estatus, las concepciones más simples que pueden nutrir la mente están destinadas a cumplir con éxito los dictados de la biología. Por lo tanto, cualquier ente inteligente que sea un producto de este universo y que evolucione con él durante su período vital, debe primero conocer de modo crudo pero acertado el andamiaje básico del entorno en que habita.

Los chimpancés y los hombres, como así también los koalas, han evolucionado para distinguir el arriba del abajo. Y cuando se está inmerso en un campo gravitatorio, abajo es precisamente la dirección en la que los objetos se aceleran violentamente hasta chocar con algún obstáculo, y arriba es la dirección opuesta (y que

generalmente cobra su peaje en energía si quiere alcanzársela). Este torpe ejemplo, aún en su rusticidad, ayuda a comprender que las estructuras mentales de ciertas criaturas, sin hacer distinción de sus habilidades cerebrales, suelen ir de la mano de las propiedades que posee el entorno. Aquí no planteo un regreso al realismo ingenuo, sino una reflexión que hoy en día parece haber sido desestimada: que el mundo influye más en nuestros modelos mentales de lo que nos agrada suponer. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si nuestro mundo fuera como alguna vez lo soñó Borges, si nuestro universo fuera una biblioteca y nosotros nacióramos en ella, todo sería posible. Pero nuestro mundo no es una biblioteca, y no hemos nacido en ella; por lo tanto, lo que alimenta nuestros cerebros no son ideas surgidas de los libros, sino modelos brotados tanto de los datos externos como de nuestras propias estructuras neuronales, que han evolucionado, primero que nada, para sobrevivir en este sector de la realidad que nos toca ocupar. Desde allí, hemos viajado con nuestras mentes hacia el mundo del átomo y el de los agujeros negros (y no nos ha ido tan mal). ¿Cómo lo hemos hecho? Pues bien, partiendo penosamente desde los modelos mentales que hemos sabido construir en este estrato de la realidad (que está entre lo infinitesimal y lo muy grande), y lo hemos extendido luego, mediante varios de los métodos enumerados antes hasta los niveles siguientes, que no podemos percibir con los sentidos pero que sí podemos disfrutar en la práctica (la tecnología que nos salva la vida y que nos ayuda a multiplicar nuestro conocimiento es un sólido ejemplo de ello).

Con el correr de los siglos hemos aprendido a utilizar el intelecto para hacer mucho más que solo sobrevivir. Fue la propia potencia cerebral la que se enriqueció a sí misma para utilizar sus facultades para asuntos más complejos que la simple cosecha, caza y defensa. Del mismo modo, hemos aprendido (quizá no todos, dado el nivel de violencia que impera en el mundo), a disfrutar del sexo de un modo que se aleja mucho de la mera función reproductiva. ¿Sorprende, entonces, que esas mismas facultades cerebrales (biológicas) que alguna vez utilizamos para movernos exitosamente en un mundo inhóspito sean hoy los instrumentos invaluableles con los que pretendemos no solo dominarlo, sino

también comprenderlo enteramente? ¿Tendría una civilización inteligente de simios una física que contradijera a la nuestra? ¿Negarían la existencia de la gravedad? ¿Proclamarían que el mundo es plano? No lo creo...

Como vemos, los métodos podrán diferir, los paradigmas podrán modificarse según reglas que permanecen hoy en el misterio, pero lo que parece difícil de negar es que, en el fondo de ese conjunto de métodos dispares y de experiencias infinitas, se hallan las trazas de la Realidad: estructuras que denominamos lógica, instrumentos modelados al fuego de esa lógica que llamamos lenguaje, y resultados que, pese a que aún dudemos, nos hablan de una realidad unificada, concreta, complejísima y contenedora de todos nosotros.

¿Será así?